



EL GOLEM

GUSTAV MEYRINK



ILUSTRADO POR
SANTIAGO VALENZUELA

עֲדָרָה אֶלֶּיךָ

SUEÑO

La luz de la luna cae al pie de mi cama y yace allí como una piedra grande, clara y plana.

Cuando la luna llena comienza a menguar y su lado derecho a degenerar –como un rostro que al envejecer muestra primero arrugas en una mejilla y enflaquece–, de mí se apodera a esa hora de la noche una inquietud sombría y angustiosa.

Ni duermo ni estoy despierto, y en ese estado de duermevela se mezcla en mi alma lo vivido con lo leído y lo oído, como si confluyeran corrientes de distintos colores y tonalidades.

Había leído sobre la vida del Buda Gotama antes de acostarme y, comenzando una y otra vez desde el principio, se repetían en mi mente, en mil variaciones diferentes, estas frases:

«Una corneja voló hacia una piedra que parecía un trozo de grasa, y pensó: quizá sea algo apetitoso. Pero como la corneja no lo encontró apetitoso, se alejó volando. De igual modo que la corneja que se había acercado a la piedra, así abandonamos nosotros –sus seguidores– al asceta Gotama, pues hemos perdido nuestra afición a él».

Y la imagen de la piedra, que parecía un trozo de grasa, crece en mi cerebro hasta alcanzar una dimensión monstruosa:

Camino por el lecho seco de un río y cojo guijarros lisos.

Son de un color gris azulado, salpicados de un polvo brillante, sobre los que reflexiono y reflexiono y con los que no sé qué hacer, luego se tornan negros con manchas amarillas azufrosas, como si fueran los intentos petrificados de un niño de modelar toscas salamandras moteadas.

Y yo quiero arrojar lejos esos guijarros, pero una y otra vez se me caen de la mano y no puedo hacerlos desaparecer de mi vista.

Todas aquellas piedras que han desempeñado algún papel en mi vida, surgen a mi alrededor.

Algunas se esfuerzan con torpeza por abrirse camino en la tierra hacia la luz, como grandes cangrejos de color pizarra cuando sube la marea, y como si pusieran todo su empeño en atraer mi mirada para decirme cosas de importancia infinita.

Otras, agotadas, vuelven a caer sin fuerzas por sus agujeros y renuncian a poder tomar alguna vez la palabra.

A veces salgo de la penumbra de estos ensueños y veo de nuevo por un instante la luz de la luna, posada sobre el abombado pie de mi cobertor, como una piedra grande, clara y plana, para, tanteando como un ciego, recobrar mi consciencia que se desvanece, buscando inquieto aquella piedra que me atormenta, que debe estar oculta en algún lugar entre los escombros de mis recuerdos y que tiene el aspecto de un trozo de grasa.

Me imagino que un canalón desaguó una vez junto a ella en la tierra –doblado en ángulo obtuso y con los bordes corroídos– y, obstinado, quiero forzar en mi imaginación esa imagen para engañar a mis pensamientos espantados y adormecerme.

No lo consigo.

Una voz porfiada en mi interior afirma una y otra vez con necia pertinacia –incansable como una contraventana que golpea a intervalos regulares contra el muro impulsada por el viento– que es otra cosa; que no es la piedra con el parecido a un trozo de grasa.

Y no hay manera de escapar a esa voz.

Cuando objeto mil veces que eso es accidental, se calla durante un rato, pero luego despierta como si nada y comienza con la misma tenacidad: vale, vale, está bien, pero no es la piedra con el parecido a un trozo de grasa.

Lentamente comienza a apoderarse de mí un sentimiento insoportable de desamparo.

No sé qué ha sucedido después. ¿He renunciado voluntariamente a ofrecer más resistencia, o se han apoderado de mí y han amordazado mis pensamientos?



Tan sólo sé que mi cuerpo yace, durmiendo, en la cama, y mis sentidos se han separado y no están unidos a él.

De repente quiero preguntar quién es ahora «yo»; pero recuerdo que ya no poseo ningún órgano con el que poder plantearme preguntas; entonces temo que esa estúpida voz pueda volver a despertarse y comenzar de nuevo la eterna cantinela sobre la piedra y la grasa.

Y así me alejo.

DÍA

De repente me encontraba en un patio oscuro y miraba, a través de un portal rojizo frente a mí –al otro lado de la calle estrecha y sucia–, a un buhonero judío apoyado en una bóveda, cuyo muro estaba rodeado de viejos trastos de hierro, herramientas rotas, planchas y patines oxidados y de otras muchas cosas muertas.

Y esta imagen tenía en sí la angustiosa monotonía que caracteriza a todas las impresiones que atraviesan a diario de esa misma manera y con tanta frecuencia el umbral de nuestra percepción, como si fueran vendedores ambulantes, sin suscitar en mí ni curiosidad ni sorpresa.

Comprendí que desde hacía largo tiempo moraba en ese ambiente.

Esta sensación tampoco dejó en mí ninguna impresión profunda, pese a oponerse a aquello que había percibido hacía poco y al modo en que había llegado hasta allí.

Se me ocurrió de repente, cuando subía los gastados escalones que llevaban a mi habitación y pensaba fugazmente en el aspecto grasiento de las piedras del umbral, que una vez debía haber oído o leído algo acerca de una extraña comparación entre una piedra y un trozo de grasa.

En ese momento oí pasos en la escalera, por encima de donde me encontraba, y cuando llegué a mi puerta, vi que era la pelirroja Rosina, de catorce años, la hija del buhonero Aaron Wassertrum. Tuve que pasar muy cerca de ella, mientras se apoyaba con la espalda en el pasamanos, arqueándose hacia atrás con lascivia.

Sus manos sucias se aferraban a la barra de hierro –para sujetarse–, y vi cómo sus desnudos y pálidos antebrazos brillaban en la sombría penumbra. Eludí sus miradas.

Me repugnaba su sonrisa impertinente y esa cerúlea cara de caballo de balancín.

Sentí que debía tener una carne esponjosa y blanca como el ajolote que acababa de ver en una jaula de salamandras en la pajarería.

Las pestañas de una pelirroja me resultan tan desagradables como las de un conejo.

Y me apresuré a entrar y a cerrar la puerta.

Desde mi ventana podía ver al buhonero Aaron Wassertrum de pie ante su bóveda.

Se apoyaba en la entrada del oscuro arco y se entretenía retocando sus uñas con unas tenazas.

¿Era la pelirroja Rosina su hija o su sobrina? No se parecía en nada a él.

Entre los rostros judíos que veo emerger día tras día en la calle Hahnpass, puedo distinguir claramente distintas estirpes, imposibles de borrar por el parentesco cercano de los individuos, del mismo modo que el aceite no se disuelve en el agua. Aquí no se puede decir: aquéllos son hermanos o padre e hijo.

Ése pertenece a esta estirpe y éste a aquella otra, eso es todo lo que se puede leer en sus rasgos faciales.

Y, por otra parte, ¿qué demostraría que Rosina se pareciera al buhonero?

Estas estirpes se muestran una repugnancia y aversión mutuas, que incluso llegan a superar los límites del más estrecho parentesco sanguíneo, pero saben mantenerlo oculto ante el mundo exterior, al igual que se guarda un peligroso secreto.

Ni uno solo lo deja transparentar, y en esta coincidencia se asemejan a ciegos llenos de odio que se aferran a una cuerda sucia: uno con las dos manos, el otro a la fuerza con un único dedo, pero todos poseídos por el miedo supersticioso de que caerán indefectiblemente en el abismo en cuanto dejen el común asidero y se separen del resto.

Rosina pertenece a esa estirpe cuyo tipo pelirrojo es aún más repugnante que el de los otros. Cuyos hombres son estrechos de pecho y tienen largos cuellos de gallina con una nuez protuberante.

En esos hombres todo parece pecoso, y durante su vida sufren ardientes tormentos, y luchan en secreto e ininterrumpidamente, sin perspectivas de



éxito, contra sus apetitos, atormentados por un miedo por su salud continuo y repugnante.

No sabía por qué había llegado a la conclusión de que existía un parentesco entre el buhonero Wassertrum y Rosina.

Nunca la he visto cerca del anciano ni he notado que se hayan hablado algo.

Además, ella estaba casi siempre en nuestro patio o rondaba por los oscuros rincones y corredores de la casa.

Todos mis vecinos la consideran sin dudar un pariente próximo o, al menos, una protegida del buhonero, y, sin embargo, estoy convencido de que ninguno de ellos podría aducir un motivo para semejante suposición.

Quise desprenderme de mis pensamientos sobre Rosina y miré desde la ventana abierta de mi habitación hacia la calle Hahnpass.

Como si Aaron Wassertrum hubiese sentido mi mirada, volvió su rostro hacia mí.

Su cara era rígida y horrible, con los ojos redondos de pez y el labio leporino.

Me pareció una araña humana que siente el más leve roce de su tela, por muy apático que parezca.

¿Y de qué vivirá? ¿Qué piensa y qué se propone? No lo sabía.

En los bordes del muro de su bóveda cuelgan, día tras día, año tras año, las mismas cosas inanes y sin valor.

Las podría haber dibujado con los ojos cerrados: aquí la trompeta doblada de hojalata sin llaves, el cuadro amarillento con los soldados agrupados de manera tan extraña.

Y delante, en el suelo, unas encima de otras, de tal modo que nadie podía atravesar el umbral de la bóveda, una serie de redondas placas de cocina oxidadas.

Todas estas cosas nunca incrementaban su número, tampoco disminuían, y, si de vez en cuando se detenía algún paseante y preguntaba por el precio de algún que otro objeto, el buhonero se excitaba considerablemente.

Alzaba de manera espantosa su labio leporino y escupía, irritado, algo incomprensible a trompicones, con una voz baja y gutural, de modo que al

comprador se le quitaban las ganas de seguir preguntando y continuaba su camino horrorizado.

La mirada de Aaron Wassertrum se apartó con la rapidez del rayo de mis ojos y ahora reposaba con tensa atención en el muro desnudo contiguo a mi ventana.

¿Qué podía estar mirando?

La casa da su espalda a la calle Hahnpass y sus ventanas dan al patio. Tan sólo una da a la calle.

En ese momento precisamente alguien parecía haber entrado en las estancias contiguas a mi mismo piso —creo que pertenecen a un pequeño estudio—, pues a través de la pared oí de repente una voz masculina y otra femenina hablando entre ellas.

¡Era imposible que el buhonero de abajo lo hubiese podido oír!

Ante mi puerta se movía alguien, y yo deduje: es Rosina que está ahí fuera en la oscuridad, anhelando que tal vez la llame y la deje entrar.

Y medio piso por debajo está al acecho Loisa, adolescente y picado de viruelas, en la escalera, conteniendo la respiración, por si yo abriera la puerta, y siento con nitidez cómo llega hasta mí el hálito de su odio y sus espumantes celos.

Él teme aproximarse y ser advertido por Rosina. Sabe que depende de ella como un lobo hambriento de su cuidador y, sin embargo, quisiera saltar y dar rienda suelta a su furia.

Me senté a mi mesa de trabajo y saqué mis pinzas y mi buril, pero no pude terminar nada, y mi mano no estaba lo suficientemente tranquila como para restaurar los delicados grabados japoneses.

La vida sombría y lúgubre que invade esta casa hace enmudecer mi ánimo y en mi interior surgen antiguas imágenes.

Loisa y su hermano gemelo Jaromir apenas son un año mayores que Rosina.

De su padre, que había sido hornero de hostias, apenas podía acordarme, y ahora los cuida, creo, una anciana.

No sabría decir quién es entre los muchos que moran escondidos en la casa como sapos en un escondrijo.

Cuida de los dos niños, eso quiere decir: les da un techo, pero a cambio le tienen que dar lo que ocasionalmente roban o mendigan.

¿Les dará también de comer? No creo, pues la anciana llega a casa muy tarde por la noche.

Al parecer es limpiadora de cadáveres.

A los tres, a Loisa, Jaromir y Rosina, los veía yo, cuando aún eran niños, jugando en el patio.

Pero de eso hace ya mucho tiempo.

Loisa está todo el día detrás de la niña pelirroja.

A veces la busca largo tiempo en vano y, cuando no la puede encontrar en ningún lugar, se desliza hacia mi puerta y espera con el rostro perturbado a que venga en secreto a mí.

Me lo imagino mientras estoy sentado trabajando, cómo acecha en los sinuosos pasillos, con la cabeza sobre su esmirriado cuello inclinada en actitud de escucha.

A veces rompe el silencio un grito salvaje.

Jaromir, que es sordomudo y todo su pensamiento está poseído por un ininterrumpido deseo demencial hacia Rosina, ronda por la casa como un animal salvaje, y sus inarticulados aullidos, que él lanza por los celos y la rabia como si hubiera perdido el sentido, suenan tan espantosos que a uno se le hiela la sangre en las venas.

Busca a los dos, que siempre supone juntos —escondidos en cualquiera de los miles de sucios rincones—, lleno de ira, espoleado por la idea de tener que estar siempre tras su hermano para que no ocurra nada con Rosina que él no sepa.

Y precisamente esta continua angustia del inválido es, por lo que sospecho, el estimulante que impulsa a Rosina a hacerle caso al otro. Si su inclinación o disposición se debilitan, Loisa se inventa nuevas atrocidades para enardecer su deseo.

Se dejan descubrir entonces, en apariencia o realmente, por el sordomudo y atraen al enfurecido con malicia tras ellos hacia oscuros pasillos, donde han preparado viles trampas con flejes oxidados, que saltan cuando se los pisa, y rastrillos —con las puntas hacia arriba—, sobre los que se cae y se hace sangrientas heridas.

De vez en cuando Rosina se inventa algo infernal por su cuenta para llevar la tortura al extremo.

Su conducta hacia Jaromir cambia entonces de manera radical y simula como si de repente le gustara estar con él. Con su rostro eternamente sonriente dice cosas con prisa al inválido que casi le llevan a una excitación demencial, y para ello se ha inventado un enigmático lenguaje por señas, sólo comprensible a medias, que hace caer al sordomudo, sin remedio, en una red inextricable de incertidumbre y devoradoras esperanzas.

Una vez le vi ante ella en el patio, y ella hablaba con tanta fuerza con los labios y con gestos, que creí que él iba a perder el conocimiento de pura excitación.

El sudor le corría por el rostro del esfuerzo sobrehumano que hacía al querer captar el sentido de sus bruscos mensajes, intencionadamente oscuros.

Y todo el día siguiente acechó febril de esperanza en las tenebrosas escaleras de una casa medio derruida, que está al final de la estrecha y sucia calle Hahnpass, hasta que se le pasó la oportunidad de mendigar algunas monedas.

Y cuando por la noche llegó a casa medio muerto de hambre y de agitación, su madrastra ya hacía tiempo que había cerrado la puerta.

Una alegre risa femenina llegó hasta mí a través de la pared desde el estudio colindante.

¡Una risa! ¿En esa casa una risa alegre? En todo el ghetto no vivía nadie que pudiera reír alegremente.

Recordé entonces que hacía unos días el viejo titiritero Zwakh me había confiado que un joven y noble señor le había alquilado el estudio a un precio elevado, al parecer para encontrarse sin testigos con la elegida de su corazón.

Poco a poco habían ido subiendo los valiosos muebles del nuevo inquilino por la noche, para que nadie notara algo en la casa.

El bondadoso anciano se frotaba las manos de placer cuando me lo contó, y se alegró como un niño de sus preparativos y de que ningún vecino ni siquiera sospechara la presencia de esa romántica pareja.

Y desde tres casas era posible llegar inadvertidamente al estudio. ¡Incluso había una entrada por una trampilla!

Sí, si se levantaba la portezuela de hierro del suelo –y desde arriba eso era muy fácil–, se podía pasar por mi habitación hacia las escaleras de nuestra casa y utilizar éstas como salida...

Vuelve a resonar la risa alegre, y despierta en mí el recuerdo impreciso de una vivienda lujosa de una familia noble donde fui llamado con frecuencia para restaurar algunas valiosas antigüedades.

De repente oí al lado un grito estridente. Escuché asustado.

La puerta de hierro en el suelo chirriaba con fuerza y un instante después una dama cayó en mi habitación.

Con el pelo suelto, blanca como la pared, con un simple chal sobre los hombros.

–Maestro Pernath, escóndame –¡por el amor de Dios!–, no pregunte, ¡escóndame aquí!

Antes de que pudiera responder, abrieron mi puerta una vez más y la cerraron enseguida.

Durante un segundo el rostro del buhonero Aaron Wassertrum había sonreído como una repugnante máscara.

Una mancha redonda y luminosa emerge ante mí, y reconozco una vez más la luz de la luna al pie de mi cama.

Aún pesa sobre mí el sueño como un pesado abrigo de lana, y el nombre Pernath aparece en mi recuerdo con letras doradas.

¿Dónde he leído ese nombre? ¿Athanasius Pernath?

Creo, creo que hace mucho, mucho tiempo, confundí mi sombrero con el de otro, y por entonces me asombré de que me estuviera tan bien, aunque mi cabeza tiene una forma peculiar.

Y miré en el sombrero que no era mío y... sí, sí, allí estaba, en letras doradas sobre el forro blanco:

ATHANASIUS PERNATH

Tuve miedo del sombrero, no sabía por qué.

De repente llegó hasta mí la voz que ya había olvidado, con la rapidez de una flecha, y que sigue queriendo saber de mí dónde está la piedra que parece grasa.



ARLINDO PALMESH

Con rapidez me imagino el perfil afilado y dulcemente sonriente de la pelirroja Rosina, y logro de esta manera eludir la flecha, que se pierde enseguida en las tinieblas.

¡Sí, el rostro de Rosina!

Se aparece aún más fuerte que la voz obtusa y parlanchina; y ahora que me encuentro en mi habitación de la calle Hahnpass, podré estar tranquilo.